# Remembranza de un país sin memoria

*Autora: Viviana Gómez – Psicopedagogía*

*Santo Tomás Rancagua*

Una cálida tarde, de un 11 de septiembre del año 1973, se posaba Amanda sobre la vereda, con las manos negras, pasaba sus pequeños dedos sobre la muralla, deslizando despacio, formando figuras que, para ella, representaba las flores que brotaban entre la cera agrietada, las cuales le hacían compañía. Pasaba otra vez los dedos sobre el carbón que había encontrado hace unas horas atrás.

Amanda vestía de zapatos cafés, una jardinera, polera blanca rota en las mangas, pero no le molestaban, se sentía a gusto no tener que remangarlas, era más fácil meter las manos a la tierra, dibujar con el carbón, y posteriormente, meterlas en el agua de la acequia, donde veía su reflejo, y movía su cabeza para alborotar su pelo liso. Esta acequia quedaba escondida, pasando una reja, en un patio.

Había caminando tanto, le tiritaban las piernas, hasta que se guío por el sonido del agua, y allí se lavó la cara, se sacudió el polvo, volvió a sentarse en la calle desolada, tratando de orientarse.

Siguió dibujando, cuando ya no quedó espacio en la muralla, pasó sus manos libremente por la superficie de la vereda.

- ¿Qué estás haciendo? –habló una voz tenue, apenas audible.

La niña no escuchó, quiso seguir arrastrando sus manos, y se encontró con unos zapatos desgastados, con agujeros a los costados. Levantó la mirada lentamente, se fijaba en los detalles de la ropa, en aquellos retazos que no pertenecían ahí, eran distintas telas, cortinas, manteles, que tapaban la ropa rota.

- Soy Amanda –se presentó la niña. Observando los lentes redondos y grandes del viejo, sus rulos blancos amarrados a una coleta, llevaba en una mano una pequeña caja de madera, con utensilios como cepillos, harapos sucios -. ¿Cómo se llama usted, señor?

El viejo, se inclinó, dejando la caja en el suelo y sacando un betún de zapatos. Amanda no entendía la situación, esperó expectante, observando como el señor untaba sus dedos en la pasta y los deslizó por la muralla.

- R… ro… ber… t-to… ¡Roberto! –exclamó la niña, los ojos celestes de aquel viejo brillaron. Ella quiso hacer lo mismo, a su edad de 8 años escribió con letras mayúsculas y desordenadas, su nombre con carbón.

Roberto sonrío, inclinando su cabeza. Hasta que una duda asaltó su tranquilidad. Volvió a escribir en la muralla, “mamá” y la señaló. Amanda comprendió, la tristeza la invadió, levantó los hombros y frunció los labios.

Entre la multitud, aquella mañana, la niña se había perdido. Por el golpe militar, el bombardeo, gritos, Amanda le había soltado la mano a su madre mientras el pánico reinaba entre las calles. Fue tanta la desesperación de no encontrarla, que corrió, todo lo que pudo, con las lágrimas nublando su vista. Hasta encontrarse en calles vacías, recogió pedazos de carbón para distraerse, les

recordaban a las tizas con las cuales solía dibujar en el patio de su casa, inquieta, tratando de hacer algo para olvidar el caos que vivió unas horas atrás.

El viejo alzó los brazos, tratando de detener una carreta que pasaba. Él sabía que pasaba por la ciudad, podría encontrar a los padres de la niña.

- ¡Suban! Voy derechito a Santiago. ¡Nos demoramos poquito oiga, tengo que ir a dejar estos sacos de harina! –gritó el señor de la carreta que esperó a que Roberto tomara su caja de madera y subiera a la niña. Se conocían hace muchos años, sabía que el viejo estaba sordo, pero le hablaba igualmente, sentía que, aunque no lo escuchaba, se entendían.

Emprendieron su viaje, en el camino Amanda se quedó dormida, arropada entre mantas llenas de polvo y con el corazón en la mano.

Pasaron algunas horas, Roberto paseaba la mirada por su alrededor, observando a las personas con una expresión de miedo inquietante, escondiéndose en sus casas, dándose abrazos tan profundos como si fueran el último. Trataba de entender que sucedía. Había trabajado muy temprano en la mañana, lustrando los zapatos, a la hora de almorzar se devolvió, encontrándose con esta niña, dibujando con carbón en las murallas de su casa.

Al entrar en la ciudad, una neblina gris densa se apoderó de cada rincón, olía a quemado, los perros callejeros ladraban con rabia. Había tantos militares en la calle, que al parecer el señor que manejaba la carreta estaba leyéndole el susto, se detuvieron.

Roberto se bajó de la carreta, con la esperanza de encontrar a alguien que les pudiera ayudar. Visualizó a unos metros de distancia, una fila de personas, agachadas, con las manos en la cabeza y la frente tocando el suelo.

- ¡Mamá!

Amanda de un salto, llegó al suelo, corrió hacia la fila, entumecida de frío, con las lágrimas recorriendo sus mejillas, sentía el corazón bombeando tan fuerte que podría escapar de su pecho. Roberto quiso seguir sus pasos.

Un disparo.

Aquel momento, pareció que la eternidad danzaba, tan despacio, que acariciaba la vida, guardaba sus mayores secretos, ocultos en las últimas bocanadas de personas que yacían en la calle, con la esperanza del pueblo jugando a las escondidas.

El atardecer ardió en la cordillera, mientras Roberto veía como Amanda se abalanzaba a los brazos de su madre, una sonrisa se asomó por sus labios.

Lentamente se cerraban sus ojos, sintió un calor rebosando su cuerpo, cayó al suelo. Se sentía conmovido. Por supuesto, no escuchó nada, pensó que estaba soñando, entrando por la puerta de su casa, volviéndose invisible, dejando su caja de madera sobre la mesa, rememorando esta niña que le había llenado de colores su día.

Se dejó llevar por la vida que se desvanecía, sonriendo.